

revolución coloca la terapéutica social. Comte era —nos dice Martín Serrano— mucho más progresista y, sobre todo, mucho menos hipócrita. ■ JOAQUIN RABAGO.

El misterio de El Palmar

Manuel Barrios y María Teresa Garrido-Conde han querido hacer en "El apasionante misterio del Palmar de Troya" (colección Panorama, Editorial Planeta) "un libro que no mueve mareas a favor ni en contra del Palmar...". Para ello aportan testimonios de todo tipo en las ciento cincuenta páginas de su informe y añaden otras cien con apéndices. Figuran, además, cerca de cien documentos gráficos. El trabajo está estructurado en diez capítulos, donde se examinan el lugar, la historia de los hechos, las personas y personajes del caso, opiniones diversas sobre el mismo, etcétera.

Sobre el fenómeno de El Palmar hay toda clase de pareceres. Sus protagonistas se consideran tan católicos como el que más. Clemente Domínguez, ordenado sacerdote y consagrado obispo por monseñor Ngô-dinh-Thuc, dice a los autores del libro: "Nosotros somos más católicos que muchos que llevan el nombre de católicos". El cardenal Bueno Monreal estima que se trata "de un caso de histeria colectiva". Y junto a sus colegas de Andalucía, dice en un documento donde se habla del primitivismo religioso de la región, que los acontecimientos "suelen responder a imágenes fatalistas sobre el Dios de las cosechas o de la suerte, de la muerte o de las desgracias, del castigo o del privilegio (...), produce sentimientos infantiles o serviles sobre la omnipotencia providente que todo lo ha hecho..., la afición a apariciones y curaciones prodigiosas..., revela también una de las más vergonzosas explotaciones de la credulidad popular...". Esta larga cita, que recogemos del libro, responde (a nuestro modesto parecer de estudioso del tema andaluz) a la verdad. Como también es verdad que la propia Iglesia no es ajena a que en la sufrida región ese "primitivismo religioso" se mantuviera y fomentara en materia religiosa hasta no hace mucho. La histeria colectiva en materia religiosa, el Dios de las cosechas, la explotación de la credulidad popular, etcétera, no fueron precisamente introducidos allí por monjes budistas o por hechiceros africanos. Y en

este sentido, El Palmar es como un espejo de Blancanieves que devuelve ahora a los obispos imágenes de cuando eran párrocos, veinticinco o treinta años atrás.

Esta historia, que empezó el 30 de marzo de 1968, no ha terminado. Entonces cuatro niñas del poblado de La Alcaparroza, término de Utrera (Sevilla), dijeron que habían visto a la Virgen del Carmen. Ese día comienza el libro. Acaba en la noche del 16 de julio de 1976, con la peregrinación internacional a El Palmar. El tema del libro no concluye; es, por el contrario, "una historia con puntos suspensivos, imprevisibles...". ■ V. M. R.

Feria del Libro en Sevilla: dos mejor que una

Sevilla todo lo digiere. Hasta que haya dos Ferias del Libro, la "oficial" en la plaza Nueva y la "paralela" en los escaparates, las tertulias y la actitud de veinte librerías de la ciudad. Es la

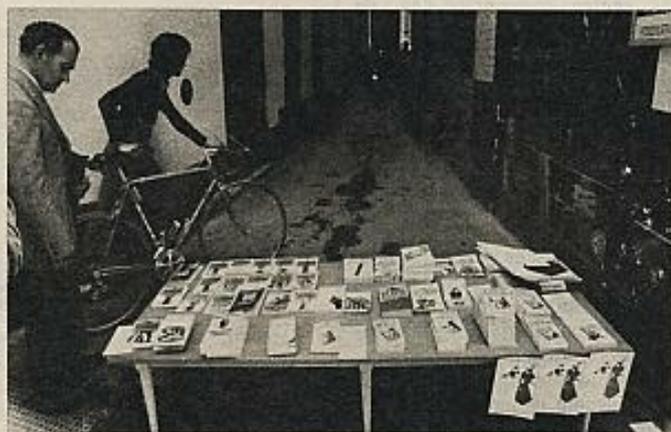
teoría binomia de las "fiestas primaverales" y de lo dionisiaco y lo apolíneo en las manifestaciones de la ciudad: el Sevilla y el Betis, Joselito y Belmonte, la Semana Santa y la Feria, la Macarena y la Esperanza de Triana..., o la oficial y la paralela. Y esto le parece bien hasta los señores directivos generales que vienen a inaugurar el mercadillo del INLE junto al caballo de San Fernando. El señor Cruz Hernández, director general de Cultura Popular, vino a decir: "No una o dos Ferias del Libro, sino veinte serían bien venidas si sirven para difundir seriamente la cultura. Pues no es correcto que estas manifestaciones sean 'paralelas', sino que deberían ser 'convergentes'".

Teorías geométricas del señor Cruz aparte, la verdad es que no se le ve la punta a la unidad. Unir en Sevilla a la paralela y a la oficial es más difícil que unir al PSOE de Felipe y al PSA de Alejandro. Porque no parece que cambien a corto (plazo, que se dice) los supuestos del INLE que hacen a los "paralelos" no acudir a la plaza Nueva, motivos que resumen así: "El INLE, lejos

de preocuparse por el hecho librero y cultural del país, potenciando la propagación popular del libro y de la cultura, en el curso 76-77 ha pasado a la pasividad casi total. Lejos de atender a la problemática económica y política del libro, de nuevo este año hace gravosa a los libreros su participación en la Feria del Libro, aumentando de 9.000 pesetas a 15.000 la cuota. Por estas razones, seguimos manteniéndonos al margen de la Feria que el INLE promueve en la plaza Nueva".

Un año más, pues, la Feria de la plaza Nueva ha sido tomada por las editoriales, por los "placistas" —señores que venden libros a plazos— y por los papeletos de los barrios, a los que el INLE adjudica una caseta, y Planeta, Bruguera y Plaza & Janés se la llenan de libros en depósito, de desfiles de la Victoria y de conversaciones secretas con Franco. De aquí, que salvo los esfuerzos de publicaciones de la Universidad por animar el interés hacia los libros sevillanos (ha sacado una preciosa reedición de "La ciudad", de Chaves Nogales), el mercadillo de la plaza Nueva haya sido de una monotonía insoportable. Pero el caso es que la "paralela" tampoco ha ido demasiado bien. Unos dicen que pedir que la "paralela" vaya bien es solicitar peras al olmo; otros, que la "paralela" es sólo un cartel y unos escaparates, una actitud y no una feria. Sea como fuere, lo cierto es que este año las actividades de la "paralela" han estado reducidas a algunas interesantes tertulias sobre el libro y los partidos.

Cómo acabe todo esto, el año que viene se verá. Se verá si sigue la "feria en librerías" y la "feria en la plaza Nueva", o si se unen y convergen en la teoría de Cruz Hernández. La verdad es que a todo el tinglado preelectoral, la Feria de la plaza Nueva ha salido por peteneras. Ni siquiera vendían los libros de Avance y de La Gaya Ciencia. Porque los placistas siguen empeñados en vendernos la "Enciclopedia Larousse" y la "Historia ilustrada de la guerra civil". Hasta que no vendan a plazos la historia ilustrada (veinte tomos) de la irresistible ascensión de Adolfo Suárez al señor Cruz Hernández y a la democracia a la española, les seguirá dando igual que haya ocho que ochenta Ferias del Libro en Sevilla. Claro que entonces el Instituto Nacional del Libro Español se habrá quitado lo de nacional, que apeseta a fascio, y se llamará Instituto Democrático del Libro Español.



Arriba, feria oficial del Libro en la plaza Nueva de Sevilla; debajo, feria paralela "en la calle".